



Relato enviado por: donatiendesaumane@yahoo.es

El hallazgo inesperado (El año de Dido 1)

Aquella noche resultaba de lo más prometedora. Me había estado acicalando durante más de media tarde para acudir a una cita que llevaba esperando durante mucho tiempo. Finalmente Erika se había decidido.

Nos conocimos a través de la sección de contactos de una revista y, en más de una ocasión, nos habíamos puesto cachondos mutuamente por teléfono. Intercambiamos fotos subidas de tono pero nunca, hasta aquel día, nos habíamos visto en persona. Yo no quería hacerme demasiadas ilusiones pues, al fin y al cabo, aquel iba a ser nuestro primer encuentro. Una cena distendida y puede que unas copas después. Con eso debería darme por contento, pero algo en mi interior me hacía albergar la esperanza de que, aquella noche, tal vez fuera posible llevar a la práctica alguna de aquellas escenas de contenido sexual que habíamos protagonizado a través de nuestros móviles.

Tan excitado estaba ante esta posibilidad que, antes de meterme en la ducha, dediqué un buen rato a masturbarme para liberarme en parte de la inquietud que provocaba en mi este deseo y evitar, si era posible, una incómoda erección a destiempo que estropeará el encanto de la velada.

Pues bien, una vez me hube aseado, perfumado y vestido convenientemente, me subí a mi coche para acudir al lugar de la cita. Erika había reservado mesa en un restaurante al que ella acudía de vez en cuando y, como yo me había tomado mi tiempo en arreglarme y no conocía muy bien la zona a la cual tenía que dirigirme, decidí salir con algo de antelación por miedo a llegar con retraso y causar una mala impresión.

La verdad es que me perdí un par de veces; lo cual justificó mis reparos; pero, con todo y con eso, llegué al restaurante diez minutos antes de la hora fijada. El local no era muy grande, pero sí acogedor y tras hablar con uno de los camareros, fui conducido al comedor. En aquella estancia reinaba una atmósfera agradable iluminada por una luz muy tenue que favorecía la intimidad y combinaba muy bien con la suave ondulación de los destellos producidos por las velas que había colocadas en las mesas.

Erika, a pesar de lo que digan los tópicos sobre la puntualidad de las mujeres, no se hizo esperar y, a las diez en punto, hizo su aparición luciendo un ceñido vestido estampado que delimitaba a la perfección todas y cada una de las curvas de su cuerpo. Me levanté para recibirla como el caballero educado que soy y, tras darnos un par de besos e intercambiar los saludos de rigor, nos sentamos a la mesa.

- Bueno, por fin nos conocemos. – dije tratando de iniciar una conversación mientras esperábamos a que nos tomaran nota.

- Sí. – replicó ella. – Espero no haberte causado demasiados desvelos mientras esperabas este momento.

- Los justos. – concedí. – Pero he de confesar que lo aguardaba con verdadero anhelo.

- A mí también me apetecía mucho conocerte pero, tienes que entenderlo. Quería estar segura antes de dar este paso.

En ese momento llegó el camarero y, mientras pedíamos nuestra cena, pude constatar que ninguno de los dos teníamos demasiada hambre. No obstante, mucho antes de que nos sirvieran, ya estábamos charlando animadamente sobre nuestros gustos, anécdotas y todo tipo de cosas triviales. Me resultaba muy agradable conversar con ella pues resultó ser de ese tipo de personas abiertas con las que puedes mantener una conversación distendida sobre prácticamente cualquier tema. De sus palabras no se traslucía la más mínima muestra de engreimiento o afectación, como me había pasado con algunas mujeres que había conocido, y eso hizo que, casi al instante, sintiera una gran simpatía hacia ella. Entre tanto, fuimos dando cuenta de los platos que nos habían

servido acompañándolos, de vez en cuando, con un poco de vino. No demasiado, pues con algo más de media botella nos hubiera bastado para los dos.

En una de las escasas pausas que hubo durante nuestra charla, un poco antes de los postres, dediqué un momento a observarla con detenimiento. Su media melena de color rubio estaba peinada con gracia y era evidente que ese día había pasado por la peluquería; lo cual, en cierto modo, me halagó. No se había maquillado excesivamente pero la combinación de diversos tonos de un mismo color que había aplicado a su rostro resultaba ser la idónea a la hora de resaltar sus facciones, sobre todo sus amplios y carnosos labios. Sus manos estaban muy cuidadas y lucían varios anillos de oro en los dedos; mientras que la uñas, no demasiado largas, estaban perfectamente perfiladas al modo de la manicura francesa. La piel bronceada se adivinaba suave como la seda y confería un marco ideal al resto de su cuerpo. Ciertamente estaba sentado ante una mujer muy atractiva, de pechos generosos y turgentes y unas caderas bien definidas capaces de hacer aflorar los instintos más bajos de cualquier hombre.

Todo esto pasó por mi cabeza en tan solo un instante pero, debí de quedarme tan ensimismado que, la naturaleza de mis reflexiones no pasó desapercibida para Erika.

- ¿Te gusta lo que ves? – me preguntó de repente, como si fuera capaz de leerme el pensamiento.

- La verdad es que sí. – respondí un tanto avergonzado por haber sido descubierto. – Me has pillado, no tiene sentido fingir lo contrario.

- Eso ha estado muy mal. - dijo ella con gesto divertido y fingiendo enojo, mientras meneaba la cabeza de un lado a otro. – No se debe de mirar así a una dama a la que se acaba de conocer.

- Perdóname, pero me resulta muy difícil no prestar atención a los encantos de una mujer tan hermosa como la que tengo ante mí.

- No trates de halagarme ahora. Deberías saber controlar mejor tus impulsos. – replicó ella sin abandonar aquella actitud juguetona.. – Pese a

todo, no lo considero una falta excesivamente grave, así que creo que dejarte sin postre será una buena forma de que aprendas la lección.

- De acuerdo. – concedí. – Creo que es justo.

Así que, cuando vinieron a preguntarnos que deseábamos como colofón de nuestro pequeño banquete solo Erika pidió.

No había pasado ni un segundo desde que habían vuelto a dejarnos solos cuando ella comenzó a mirarme de arriba abajo. En sus pupilas parecía reflejarse una mezcla de sensualidad y lascivia y, resultaba evidente, que estaba siendo desnudado por sus ojos. Incluso me pareció observar como se mordía levemente el labio inferior mientras realizaba aquel detenido examen visual.

- Ahora eres tú quien me mira de manera poco educada. – protesté.

- Creo que estoy en mi derecho ya que tú lo has hecho antes. – hizo una pausa hasta que dio por concluida su particular inspección y después añadió: - ¿Sabes? Había decidido concederte mis favores esta noche, pero el modo en que te has comportado hace un momento...

- Tú acabas de hacer lo mismo. Y de un modo más descarado, diría yo.

- No, no es lo mismo. Pero eso no importa ahora. Para volver a considerarte digno de mí, creo que me merezco una satisfacción y, he pensado que como vas a estar ahí sentado sin hacer nada mientras yo tomo el postre, podrías emplear ese tiempo en hacer algo que te redimiera de tú falta de tacto.

- Está bien. – otorgué con una sonrisa. – Si está en mi mano y con ello puedo enmendar mi agravio, lo haré con sumo gusto.

- Así me gusta. Veo que estás predispuesto.

Tomando el bolso que había traído consigo extrajo de él una pequeña bolsa de color granate, de esas que te dan en las joyerías cuando compras algo.

- Ten, un regalo. – dijo mientras me lo entregaba.

Aquello me dejó un poco descolocado pues no me lo esperaba y, además, yo no le había llevado ningún obsequio. No lo veía como algo habitual en una primera cita.

- No sé si debería aceptarlo. – dije con expresión dudosa.

- No te hagas de rogar, vamos. No estaría nada bien que despreciaras un presente.

Erika tenía razón. Resultaría una descortesía rechazarlo. Así que, por mucho que hiriera mi orgullo el no poder corresponder debidamente a aquella atención, lo acepté. Pero, cuando abrí la bolsa, comprendí que me había precipitado al sacar conclusiones pues, en su interior, solo había una cuenta con cinco pequeñas bolas chinas y un botecito de lubricante.

- Espero que te gusten. – dijo ella divertida al ver mi cara de asombro. – Seguro que no te lo esperabas.

- No. La verdad es que no. – acerté a contestar.

- Me gusta dar sorpresas de vez en cuando, es una debilidad que tengo. – confesó en tono risueño. – Bien, ahora escúchame con atención. Quiero que mientras yo acabo de cenar vayas a los lavabos y estrenes mí regalo. Verás que he puesto en la bolsa un poco de gel para ayudarte en este cometido. No tienes porque hacerlo si no quieres pero, si me concedes este pequeño capricho, sabré recompensarte como te mereces en cuanto salgamos de aquí.

Me llevó un momento tomar una decisión, pues nunca antes había utilizado juguetes eróticos y las únicas referencias que tenía sobre ellos eran las que había extraído de las películas porno que había visto. Además, como les suele ocurrir a la mayoría de los hombres, tenía ciertos prejuicios hacia según que tipo de prácticas. Pero la perspectiva de pasar una noche de pasión y desenfreno junto a Erika fue más fuerte y, por otro lado, introducirse aquellas bolas, solo un poco más grandes que una canica, no debía de ser muy diferente a ponerse un supositorio.

- Está bien. Lo haré. – dije al fin con un aire decidido que enmascarara mis reparos. – Pero espero que la recompensa por ceder a tus deseos merezca la pena.

- No te quepa la menor duda. – afirmó ella con tono malicioso y pícaro sonrisa. – Te haré gozar como nunca antes lo has hecho.

Aquellas palabras fueron todo lo que necesitaba oír y, como si hubieran sido las responsables de activar algún resorte, hicieron que me levantara de la silla de inmediato y me dirigiera a los servicios.

Mientras iba caminado, pensé en la habilidad de Erika para tomar la iniciativa en aquella situación y la sutileza que había empleado para hacerme entrar en un juego que parecía conocer muy bien. Puede que a ella le gustara sorprender pero, a mí, me gustaba aún más que me sorprendieran pues, desde siempre, me habían atraído mucho más esas chicas decididas que no se dejan cohibir por falsos convencionalismos que aquellas otras, pudorosas y recatadas, que esperan que sea el hombre el que de siempre el primer paso, por mucho que estén deseando dar rienda suelta a sus más húmedas fantasías.

Cuando finalmente llegué al baño, comprobé con cierto alivio que estaba vacío así que, sin perder un momento, entré en el cuarto del inodoro y cerré la puerta con pestillo. Saqué las bolas de la bolsa y unté una por una con un poco de lubricante. Después, me baje los pantalones, los boxers y, tras inspirar hondo, acerqué la primera de aquellas pequeñas esferas a mi esfínter. Estaba bastante excitado y noté como mi pene empezaba a ponerse erecto. Comencé a presionar con mi dedo para vencer la resistencia que oponían los músculos de mí recto a aquel intento de intrusión y, aunque en un principio me costó un poco, conforme fui empujando, llegado a un punto, fue como si mi culo la absorbiera. A medida que fui introduciendo más bolas, estas iban entrando con más facilidad hasta que, finalmente, las tuve todas en mi interior. Para cuando hube acabado aquella operación mi polla estaba completamente empalmada y oscilaba con violencia, arriba y abajo, cada vez que mi ano se contraía. Por ese motivo, durante unos momentos que me parecieron eternos, tuve que aguardar a que mi erección disminuyera para poder salir

del baño sin que llamara la atención aquel enorme bulto de mi entrepierna. No fue nada fácil ya que aquella nueva experiencia me había puesto muy cachondo y, por mucho que intentara distraer mi mente, las bolas que ahora estaban alojadas dentro de mí no dejaban de recordarme la naturaleza sexual de aquella situación. Pero, finalmente, conseguí sobreponerme y relajarme un poco y, tras volver a vestirme, abandoné los servicios.

De regreso a la mesa, Erika me estaba esperando con expresión complacida y, después que me hube sentado, vi que ya nos había servido los cafés.

- Como tardabas tanto, me he tomado a libertad de pedir por los dos. – dijo con cierto aire de suficiencia. – Yo lo tomo solo, así que a ti te he pedido lo mismo. Espero que no te importe.

- No, no. Solo está bien. – concedí.

- Nos ayudará a estar más despiertos a la hora de llevar a práctica todo lo que tengo en mente. – dijo mientras se acercaba la taza a los labios y me miraba con complicidad.. – Y ahora dime, ¿ha ido todo bien?

- Sí, muy bien. El problema ha venido después. – confesé.

- ¿Has sufrido de digamos..., efectos secundarios?

- Así es. Y bastante persistentes además.

- Eso está bien. – sentenció. – Y me gusta. Me excita imaginarte en esa situación.

Después, continuamos charlando normalmente durante un rato sin mencionar para nada aquel episodio y, gracias a eso, conseguí serenarme algo más, aunque no del todo. Erika pidió la cuenta y se negó en redondo a que yo pagara, ni tan siquiera consintió en que fuéramos a medias.

- A la cena estás invitado. – dijo una vez le devolvieron el cambio. – Si te sientes en deuda y te crees obligado a compensarme, no te preocupes. Te daré la oportunidad de hacerlo. ¿Nos vamos?

Salimos del local sin más dilación y nos dirigimos al aparcamiento.. Erika había venido en taxi así que iríamos en mi coche. La noche era cálida, pero sin llegar a ser sofocante, por lo que daba gusto estar en la calle y, mientras caminábamos en dirección a la plaza de aparcamiento donde estaba estacionado, me quedé absorto contemplando el modo de andar, seguro y decidido, de mi hermosa acompañante, así como el sonido con que sus tacones delataban cada uno de los pasos que daba sobre el asfalto. Nos montamos en el coche y, tras tomar la carretera, comencé a conducir siguiendo las indicaciones que ella me daba. Dejamos atrás la ciudad y discurrimos por una calzada muy poco transitada, donde la ausencia de farolas hacía que la oscuridad fuera prácticamente total. Al poco tiempo de tomar aquel camino, ella comenzó a tocarme la ingle por encima de la ropa y, de inmediato, comencé a empalmarme de nuevo.

- Qué agradecida es. – exclamó mientras me desabotonaba los pantalones.

Empezó a estrujármela con firmeza provocando que se pusiera cada vez más dura y aumentando mi grado de excitación a niveles insospechados. Hasta tal punto, que por un momento creí que iba a perder el control del coche.

- Basta por el momento. – dijo afortunadamente mientras retiraba su mano. – Ya estamos llegando. En la próxima tuerce a la derecha.

Enfilé por un camino estrecho que conducía hasta una finca delimitada por una tapia y nos detuvimos frente a un portón de color negro. Ella sacó del bolso un pequeño mando a distancia y, tras apuntar con él hacia la entrada, hizo que el pórtico comenzara a deslizarse hacia un lateral. Una vez franqueado el acceso, continuamos hasta casa y, después de volver a hacer uso de aquel mando, dejamos el coche aparcado dentro del garaje.

- Bueno, esta es mi morada. – dijo en cuanto nos apeamos. - ¿Quieres que te la enseñe?

- Será un placer. – respondí.

El edificio era de dos plantas y en la parte de abajo estaban; además del garaje; la cocina, el cuarto de baño, un pequeño trastero y el salón.

Llegados a este último, me dijo que le apetecía tomarse una copa y me preguntó si quería acompañarla. Acepté con sumo gusto y, después de que ella las hubo preparado, nos sentamos en un sofá donde me contó un poco la historia de la casa.

- Creo que ya va siendo hora de que te enseñe los dormitorios. – dijo cuando terminamos nuestras bebidas.

Subimos al piso de arriba que estaba distribuido en tres habitaciones bastante amplias. Cuando le tocó el turno a la que ella ocupaba, se recostó sobre la cama y me dijo:

- Ahora quiero que seas tú el que me enseñe algo. ¿Tienes algo que pueda interesarme?

- Solo lo que estás viendo. – respondí conocedor de a donde quería ir a parar.

- En ese caso, desnúdate.

Ella me estuvo observando desde la cama mientras yo iba quitándome la ropa del modo más sugerente de que fui capaz.. Cuando hube terminado, se levantó y se quedó contemplándome desde cierta distancia.

- Me gusta lo que tienes para mostrar. – dijo adoptando una pose autoritaria, con las piernas completamente estiradas y los brazos en jarra. – Ahora date la vuelta. Quiero ver si llevas puesto mi regalo.

Me giré y noté como ella se me acercaba. Sentí como sus dedos me acariciaban la espalda y las nalgas y, después, como se deslizaban entre mis glúteos para buscar la parte del cordón que unía las bolas que había quedado en el exterior.

- Muy bien. – asintió. – Ahora, separa un poco las piernas y lleva los brazos a la espalda, como hacen los militares cuando están en descanso.

Así lo hice y ella comenzó a dar vueltas a mí alrededor, como si me estuviera sometiendo a una inspección, lentamente, deteniéndose de vez en cuando para mirarme de arriba a abajo.

Pero entonces sucedió algo que yo no tenía previsto. En una de las ocasiones en que ella estaba a mis espaldas, con un hábil y rápido movimiento, me esposó ambas manos dejándome totalmente a su merced.

- ¿¡Qué estás haciendo!?! – pregunté alarmado.

- Solo estoy jugando un poco. – respondió.

- Y, ¿qué clase de juego es ese?

- No te angusties. Solo pretendo disciplinarte un poco. ¿No has practicado nunca juegos de sumisión? – inquirió con naturalidad.

- No, nunca. No me seduce la idea de que me den patadas ni cosas por el estilo.

- Me parece que tienes una visión un poco equivocada del asunto. – me corrigió mientras se me acercaba por detrás y unía su cuerpo con el mío. – Es solo una manera de aumentar el placer enfocando el sexo de un modo distinto. A nadie se le obliga a hacer algo que no quiera y, por supuesto, no se trata de torturar o lesionar a alguien en el sentido estricto de la palabra. Tan solo es una representación, un simulacro en el que cada uno adopta un papel.

Mientras me decía estas palabras, comenzó a menearme la polla muy suavemente cogiéndomela desde atrás. Enseguida se me empinó y noté como una extraña sensación recorría todo mi cuerpo. Era una especie de mezcla entre impotencia, lujuria, incertidumbre y deseo.

- No irás a decirme que no te gusta, – me dijo mientras apretaba sus pechos contra mi espalda. – pues lo que tengo entre mis dedos me está diciendo lo contrario. ¿En serio que nunca has sentido curiosidad?

Lo cierto era que, en muchas ocasiones, había concebido fantasías de ese tipo pero, en ningún momento me había planteado seriamente llevarlas a la práctica. Siempre había pensado que resultaba muy delicado proponer a mis parejas la posibilidad de explorar alternativas al sexo convencional, por así decirlo, y no había querido correr el riesgo de que me tildaran de obseso o perverso. Aunque, en aquel momento, me estaba dando

cuenta de que resultaba muy diferente cuando era una mujer la que lo proponía.

- Bueno. – respondí al fin. –Puede que alguna vez haya tenido algún sueño extraño, como todo el mundo pero, de ahí a llevarlo a la práctica...

- Pero si estás lubricando. – dijo ella mientras pasaba el pulgar por el extremo de mi glande. – No seas embustero.

Lo que decía era cierto. Yo ya había notado que mi órgano sexual había comenzado a segregar ese fluido pegajoso y transparente, similar a la baba de caracol, que aparece cuando el grado de excitación es muy alto. Por lo tanto, resultaba completamente inútil que tratara de aparentar que aquella situación me disgustaba. Por si esto fuera poco para acabar de convencerme a ceder a aquella tentación, Erika se puso en la piel de ese pequeño diablillo que se aparece de repente a nuestro lado, incitándonos a que nos dejemos llevar por nuestros instintos.

- Si quieres, te quitaré las esposas ahora mismo y follaremos hasta quedar exhaustos pero, ten en cuenta, que estarías haciendo lo mismo de siempre con una persona distinta. En cambio, yo te ofrezco descubrir otro modo de disfrutar de tú cuerpo y, te aseguro que para mí, será un verdadero placer iniciarte en esta nueva experiencia. Como ves, la elección es solo tuya. Yo no voy a obligarte a hacer nada que no quieras. ¿Qué me dices?

Durante un instante estuve sopesando los pros y contras de acceder a tan poco habitual desafío. He de admitir que estaba más cachondo de lo que nunca hubiera podido imaginar y la perspectiva de poder continuar manteniéndome en aquel estado me resultaba cada vez más tentadora. Por otro lado, Erika me estaba dando la oportunidad de descubrir una nueva forma de placer y, si la rechazaba, tal vez no volvería a presentármeme una ocasión como aquella. Si realmente deseaba probarlo, aquel era el momento.

- Acepto. – contesté en cuanto hube tomado una decisión. – Me pongo en tus manos.

- Muy bien. A partir de este momento considérate mí esclavo. – dijo ella con aire triunfal.- ¡Así que ponte de rodillas, cerdo!

Aquella fue la primera orden que me dio y el inicio de mi adiestramiento como sumiso. Que tipo de pruebas tendría pensadas para mí, que enseñanzas iba a inculcarme o que correctivos me aplicaría cuando la decepcionara o la desobedeciera, estaban aún por descubrir.

En cuanto hube acatado sus deseos, mi nueva Ama se colocó frente a mí y puso uno de sus pies sobre mis genitales.

- Te explicaré un poco como funciona esto. – dijo mientras la suela de su zapato presionaba ligeramente mis huevos. – No deberás hablar a no ser que yo te pregunte. Y, en ese caso, deberás responder con un “sí, mi señora” o un “no, mi señora” a las cuestiones que te formule. ¿Lo has entendido?

- Sí, mi señora. – respondí lo más humildemente que pude.

- Bien. – concedió mientras retiraba el pie de mis partes pudendas.

Dio la vuelta por detrás de mí y, por un momento, desapareció de mi vista. Oí como abría un cajón y, a continuación, un nítido tintineo acompañado por el <<tac, tac>> de sus tacones acercándose.

- También tengo que hablarte de la palabra de seguridad. – continuó mientras me colocaba un collar de perro alrededor del cuello y lo sujetaba después con una correa. – Si en algún momento te ves incapaz de continuar, por el motivo que sea, tan solo tendrás que pronunciar el nombre de “Víctor” y yo me detendré inmediatamente.

Hizo una pausa y, tirando con fuerza de la correa, llevó mi cabeza hacia atrás antes de añadir, colocando su cara frente a la mía:

- Pero a eso solo recurren los esclavos más inútiles. Y, aunque das la impresión ser una putilla bastante enclenque, no creo que llegues a decepcionarme hasta ese punto.

Cuando la oí decir aquellas últimas palabras, me lo tomé como un desafío. Un reto personal que se unía a toda la amalgama de sensaciones, a

menudo contradictorias, que me embargaban de pies a cabeza. Si yo recurría a aquella palabra, sería como si ella hubiera ganado el juego al haber superado mi resistencia. Y, aunque todo aquello era nuevo para mí, tenía la intención de no permitir que eso ocurriera.

- Muy bien, bastardo. ¡En pie! – ordenó tirando de la correa hacia arriba. – Aún no has hecho nada para ganarte el privilegio de estar en mi dormitorio, así que voy a llevarte a un lugar mucho más apropiado para una zorrita como tú.

Me sacó de la habitación y me condujo por el pasillo hasta una puerta que estaba situada al fondo y que no había abierto cuando me estuvo enseñando la casa. Antes no me había fijado pero, aquella puerta en cuestión, tenía una cerradura. Ella la abrió con la llave y me llevó a través de unas escaleras estrechas, hasta una especie de desván. La estancia estaba completamente a oscuras, si exceptuamos la luz que llegaba del piso de abajo por el hueco de la escalera. Pero me hubiera dado igual porque una vez arriba, mi Ama me colocó una especie de casquete de piel que me cubría toda la cabeza hasta la altura de la nariz. A continuación, volvió a tirar de la correa y me hizo avanzar a ciegas unos pasos.

- Quieto ahí. No te muevas, puerco. – me exigió de súbito.

Se puso detrás de mí y me separó ligeramente las piernas empujándolas con sus pies.. Después, tiró de mis manos hacia arriba y enganchó las esposas a una cuerda o cadena que debía de estar sujeta al techo y que me obligaba a mantener mis brazos hacia atrás. Por último, cogió la correa que estaba unida al collar de mi cuello y la fijó de algún modo en algún punto del suelo.

- Ahora, esperarás aquí como una perrita obediente mientras yo voy a cambiarme. ¿Ha quedado claro?

- Sí. – respondí de forma automática.

- Sí, ¿qué? – interrogó dándome un tirón de huevos tan fuerte que me hizo sentir escalofríos.

- Sí..., sí, mi señora. – me corregí con prontitud...

- Que no se vuelva a repetir, guarra, o tendré que enfadarme de verdad.

Después oí como se alejaba, bajaba las escaleras y cerraba la puerta con llave, tras lo cual vino el silencio y la oscuridad.

La postura en la que me había dejado resultaba muy incómoda, además de humillante, ya que no podía realizar ningún movimiento sin que alguna parte de mi cuerpo se tensara a causa de las ataduras. No sabía por cuanto tiempo iban a aguantar mis piernas el peso de mi tronco inclinado hacia adelante sin flexionarse y temía no ser capaz de soportarlo por mucho rato..

Durante ese tiempo que permanecí solo; que no fue poco; tomé conciencia de mi recién estrenada condición y de cómo debía esforzarme en complacer a mi Ama si no quería ser el objeto de su ira. La excitación que me invadía iba en aumento a cada momento que pasaba y, si mi señora hubiera tardado un poco más en regresar, creo que me habría dado un ataque.

Escuche el sonido de la puerta al abrirse y sentí un gran alivio que enseguida fue sustituido por la expectación ante las nuevas pruebas que me esperaban. Oí como sus tacones se desplazaban por la habitación de un sitio a otro sin apenas atreverme a respirar y, tras unos momentos de suspense, se acercó a mí y confirmó su presencia dándome un sonoro cachete en las nalgas.

- Bien, esclavo. – dijo mientras me pellizcaba los pezones. – Yo ya estoy lista. Ahora es tú turno, voy a ponerte el que será tú uniforme de esta noche..

Me colocó lo que parecía ser un corsé elástico o algo similar. Después me hizo levantar los pies uno por uno, lo que hizo que mi equilibrio fuera muy precario durante unos instantes, y me enfundó un par de medias que sujetó al corsé mediante los portaligas que este llevaba adosados. Para rematar, me calzó unos zapatos de tacón que aumentaron mi estatura considerablemente.

- Ahora tú aspecto está mucho más acorde con lo que eres en realidad. Las putas como tú, deberíais estar siempre listas en previsión de que

vuestros servicios sean reclamados. – dijo en cuanto hubo acabado de vestirme. – Pero basta de charla.. Es el momento de comenzar tú educación.

Me colocó unas pinzas en los pezones y las unió con lo que supuse que sería una cadena al notar su frío contacto cuando tocó mi piel. Seguidamente, suspendió un peso de ella, con lo que mis apéndices pectorales se estiraron hacia debajo de un modo ostensible. Después se puso detrás de mí y, mientras tiraba de mis testículos, me ató con fuerza el escroto con un grueso cordel, de modo que mis huevos quedaron muy apretados además de expuestos. También colgó algo de ellos en cuanto hubo acabado de anudarlos y, entonces, mi polla comenzó a sufrir una especie de espasmos que yo era incapaz de controlar.

Mi Ama me dejó de esta guisa durante un momento, como si quisiera que me recreara un rato con sus enseñanzas pero, de improviso, sentí un fuerte dolor en mis nalgas que fue acompañado por un seco chasquido. Y después otro, y otro, y otro más, hasta que no pude evitar emitir un ligero gemido.

- ¡Silencio, perro! – dijo mi Ama en tono malhumorado. – No quiero oírte emitir ningún sonido. Temprano empiezas a quejarte.

Pero dejó de castigarme el culo y, en cambio, pasó a trabajarme los huevos fustigándolos con suavidad. Cuando consideró que ya habían recibido bastante, comenzó a azotarme aleatoriamente por todo el cuerpo de manera que yo no tenía modo de saber donde iba a recibir la próxima descarga. Conforme pasaba el tiempo, iba imprimiendo mayor fuerza a sus golpes pero, cuando ya me tenía a punto de implorarle clemencia, se detuvo de repente y comenzó a pasarme el extremo de la fusta por la punta del pene. La fue perfilando muy suavemente, rozándola apenas, con movimientos delicados para, a continuación, comenzar a aplicar sobre ella unos ligeros golpes que hicieron que se empinara de manera descomunal. En el momento en que se puso tan erecto que yo creía que me iba a explotar, la golpeó con fuerza justo en el glande y no pude reprimir un ahogado grito.

- ¡Serás cabrón!- bramó indignada mientras tiraba con rabia de la cadena que mantenía unidas mis tetillas. - ¿¿Como tengo que decirte que te calles!? No estás siendo un buen alumno, así que voy a tener que castigarte de un modo más severo.

Volví a oír sus pasos que se alejaban para volver al poco rato.

- ¿Te gusta chillar? – la oí decir a mis espaldas. –Pues chillar como una zorra si eso es lo que quieres. Pero ten en cuenta que cuanto más lo hagas, con más dureza te castigaré.

Y, sin más dilación, comenzó a azotarme el culo con un objeto duro y plano similar a una paleta.

El primer golpe ya hizo que me desplazara hacia delante con violencia, de modo que los pesos que tenía colgados de mis partes más sensibles comenzaron a oscilar como si de péndulos se tratara. A medida que se fueron sucediendo los porrazos, aquel balanceo fue “in crecendo”, aumentando la tensión que tenían que soportar las zonas de mi cuerpo unidas a ellos. Por lo tanto, en un par de ocasiones, dejé escapar un par de gemidos que me había sido imposible reprimir y, casi de inmediato, pude constatar las amenazas de mi Ama. Me propinó dos tremendos azotes, tan fuertes, que casi hicieron que me saltaran las lágrimas. Así que me mordí los labios para no volver a cometer la misma falta y aguante estoicamente el resto de aquella tunda que, por fortuna, no duró mucho más.

- Espero que hayas aprendido la lección. – apuntó mi Ama, satisfecha del trabajo que había realizado. – Supongo que ya se te habrán quitado las ganas de desobedecerme. ¿Verdad que sí, zorrilla?

- Sí, sí, mi señora. – contesté entre jadeos.

- En ese caso te daré un poco más de libertad. Pero espero que no me decepciones. ¿No lo harás, verdad?

- No, mi señora.

Retiró los pesos que me había colocado y, después, soltó las ataduras que mantenían inmovilizados mi cuello y mis brazos pero sin quitarme las esposas. Por fin podía erguirme después de todo aquel tiempo y noté que

mi espalda estaba un poco agarrotada, aunque aquella molestia desapareció al poco tiempo.

- Ahora, de rodillas. ¡Vamos! – ordenó con tono autoritario.

En cuanto hube adoptado aquella pose de sumisión y respeto, mi Ama me quitó desde atrás el casquete que había impedido mi visión durante todo aquel tiempo y, por primera vez, pude tener una idea clara de mí entorno.

Vi que me encontraba en una especie de bajo cubierta de planta rectangular bastante amplio. La luz que lo iluminaba provenía de unos inmensos cirios que, colocados sobre unos candeleros de forja ricamente decorados, estaban repartidos por toda la sala. De las enormes vigas de madera del inclinado techo colgaban, aquí y allá, toda una serie de cuerdas, cadenas y otros utensilios sujetos mediante argollas. También pude ver un potro, un cepo y una cruz de san Andrés, además de varios estantes y armarios repartidos en una de las paredes laterales. No me atreví a girar la cabeza para ver que otras sorpresas podía depararme aquella estancia, por miedo a ofender a mi señora. Pero, de todos modos, aquella opinión fue pronto confirmada por el fuerte golpe de fusta que me fue endosado en la espalda.

- ¿Qué estás mirando? ¡La vista al suelo, esclavo! – oí decir con furia.

Obedecí de inmediato e hice que mi mirada quedara fija en el piso de tarima. Mi Ama se colocó frente a mí y, sin osar levantar la vista, pude observar el reluciente brillo de unas botas de tacón inmenso y color negro.

- Veo que cada vez obedeces con mayor rapidez pero, no te equivoques, todavía te queda mucho por aprender. Así que, no te emociones. Y, hablando de emocionarse...

Comenzó a dar golpecitos con la fusta en mi polla erecta y esta empezó a dar pequeños saltos cada vez que entraba en contacto con aquel instrumento.

- ¿¡Qué es esto!?- preguntó con enojo.

- ¿Una erección, mí señora? – respondí con timidez.

- Precisamente. Y... ¿se puede saber qué haces empalmado como un vulgar perro en celo? – volvió a interrogar mientras que con sus ojos observaba mi miembro viril con expresión de repugnancia. - ¡Vamos, contesta!

- No lo sé, mí señora.

- Pues por lo menos ya sabes reconocer tú estupidez y tú ignorancia. Pero eso no es excusa para que des rienda suelta a tus instintos de calentorra.

Puso su pie sobre mí sexo y lo fue aplastando gradualmente contra el suelo, lo que provocó que se pusiera más duro todavía.

- La primera lección ha consistido en que aprendieras a guardar silencio. Con la segunda, voy a enseñarte a mantener la debida compostura ante tú Ama.

Y, tras pronunciar estas palabras, levantó el pie de encima de mis carnes y, tras girar sobre si misma, se apartó de mi lado.

Aproveché aquella oportunidad para poder contemplar furtivamente a mi Ama con un rápido vistazo, consciente de que se enojaría, y mucho, si me descubría haciéndolo. Se había recogido el pelo en una coleta y llevaba puesto una especie de corpiño muy ajustado, además de unos guantes largos y un tanga que dejaba al descubierto sus hermosas y firmes nalgas. Todo ello, del mismo negro brillante que las botas que ya me había hecho probar y que, ahora, pude comprobar que eran muy altas; tanto que le llegaban por encima de las rodillas. Tras haber realizado aquel disimulado y rápido examen, volví a clavar mis ojos en el suelo avergonzado, como un niño después de haber cometido una travesura, y pude escuchar como mi dueña trasteaba en busca de algo con lo que hacerme entrar en razón.

Al regresar, colocó frente a mí una especie de bandeja metálica, plana y alargada, y vació sobre ella una ingente cantidad de hielo picado que tenía preparado en una cubitera. En cuanto lo hubo distribuido con el pie de manera uniforme, colocó una toalla encima y me ordenó reposar mis partes sobre ella.

- Veamos si esto es suficiente para calmar tus ardores. – razonó en voz alta.

Me fue un poco difícil tumbarme a larga al tener las manos esposadas a la espalda pero, finalmente, tras unos torpes y dubitativos movimientos que me hicieron sentir muy ridículo, pude cumplir con los deseos de mi Ama.

En un principio no noté nada pero, a medida que el hielo se fue derritiendo y la toalla se fue empapando, aquel frío helado comenzó a actuar sobre mí zona inguinal haciendo que mí miembro viril se estremeciera por el brusco contraste térmico. Permanecí así tumbado durante bastante rato y, entre tanto, mi señora me azotaba las nalgas con la fusta de cuando en cuando. Percibí con claridad el momento en que mí verga se rindió y comenzó a encogerse, del mismo modo en que la haría un caracol si se sintiera amenazado y, la verdad, supuso un respiro sentir como se relajaban aquellas carnes que habían permanecido tan tensas durante mucho tiempo.

Aquella sensación de alivio tuvo su reflejo en mi rostro y, mi nueva expresión, no pasó desapercibida a los escrutadores ojos que me habían estado observando en todo momento pues, de forma súbita, sentí que mi Ama tiraba de la correa hacia arriba con movimiento firme.

- ¡En pie, esclavo! – ordenó con una voz que denotaba impaciencia. – Quiero ver si ya estás presentable.

Me incorporé precipitadamente y, tan rápido quise obedecer el mandato de mí propietaria que, casi pierdo el equilibrio al no estar acostumbrado a utilizar tacones.

- ¡Ten más cuidado, zorra! – me reprendió reforzando sus palabras aplicándome un sonoro azote en las posaderas. – Únicamente yo tengo derecho a lastimarte.

Una vez recuperada la compostura después de aquel humillante traspiés, mis genitales fueron sometidos a un minucioso examen para comprobar si el tratamiento que se les había aplicado había producido el efecto deseado. Aquella parte de mi cuerpo; ahora fría, húmeda y arrugada; presentaba un aspecto deprimente. Pero eso no pareció disgustar a mi

señora, más bien al contrario, a juzgar por el gesto de satisfacción que se dibujó en su semblante.

- Ese es el modo correcto en que debes presentar tú ridículo palillito cada vez que estés ante mí. – expuso con desprecio. – Hazte a la idea de que esta ha sido la última vez en que has osado empinarla sin mi permiso. Habida cuenta de tú escasa voluntad, no creo que seas capaz de mantener la debida presencia, ni tan siquiera, por un minuto. Pero no te preocupes, como muestra de mí buen talante, voy a ayudarte a cumplir con este sencillo cometido.

Tomó una especie de cilindro metálico alargado, que ya tenía dispuesto, y lo puso ante mis ojos.

- Esto servirá para que no caigas en la tentación de ignorar mis palabras.

Y dicho esto, abrió por la mitad aquel curioso instrumento gracias a un mecanismo de bisagra longitudinal que tenía incorporado. La parte interna estaba salpicada de unas diminutas púas de no más de dos milímetros de largo y, solo con verlo, ya fui capaz de adivinar a qué parte de mi anatomía estaba destinado. No tardé en comprobar el efecto que producían aquellas picudas protuberancias sobre mí polla cuando mi Ama me lo ajustó asegurándolo con un pasador, también longitudinal, situado en el lado opuesto de la bisagra. Ahora, cualquier conato de erección sería recibido por un aluvión de pinchazos, que aumentarían de intensidad en función del grado de crecimiento de mi pene.

- Bien. No perdamos más tiempo y veamos si, al menos, sirves para dar placer a tú Ama.

Tiró de mí por la correa y me hizo dar la vuelta en redondo, de modo que pude ver lo que había en el resto de la habitación mientras la seguía con paso inseguro..

Una gran alfombra se extendía sobre el suelo y, sobre ella, un diván de moderno diseño con estructura de aluminio y respaldo ondulado forrado en piel, parecía ser nuestro destino. Frente aquel objeto de mobiliario había situada una jaula de hierro con forma cúbica de, aproximadamente, un metro de lado, que confería a aquel rincón un aspecto inquietante.

En cuanto estuvimos junto al diván, mi señora me ordenó ponerme de rodillas con la barbilla apoyada en el mullido acolchado, procurando mantener mis posaderas bien elevadas. A continuación, roció mis nalgas con un buen chorro de líquido aceitoso y comenzó a realizar un concienzudo masaje que contribuyó a aliviar considerablemente el escozor que sufría mi castigada piel. En un momento dado, me extrajo las bolas que durante horas habían permanecido en mí interior, tirando con suavidad del cordón que las mantenía unidas. Lo hizo sin prisas, muy lentamente, de modo que fueran abandonando mí cuerpo una por una. Y fue entonces, cuando aquel instrumento represor que enfundaba mí órgano sexual cumplió por primera vez con su cometido.

Una vez liberado de tan prolongada intrusión, continué disfrutando de aquel placentero masaje durante unos instantes, mientras los dedos de mi Ama iban visitando, cada vez con más frecuencia, la zona de mí esfínter. Para cuando me quise dar cuenta, ya había introducido uno de ellos en el interior de mi recto agitándolo con saña con la intención de dilatarlo.

- Quieto, potrillo. – dijo divertida al percibir mí reacción ante aquel estímulo. – Reserva tus energías.

Una vez dio por concluida aquella especie de precalentamiento, me introdujo un objeto alargado de superficie lisa y no muy ancho que, con sorprendente facilidad, quedó incrustado en mi culo. Aquella nueva muestra de mí condición servil, provocó en mí una extraña satisfacción que no fui capaz de explicarme pero que, probablemente, fuera debida a que comenzaba a disfrutar con las enseñanzas de mi Ama. Sentir el modo en que me humillaba y poseía, despertaba en mí un irracional sentimiento de abandono que me impulsaba a complacer todos y cada uno de sus deseos. Y; aunque sabía que aquel era el objeto del adiestramiento al que estaba siendo sometido; en aquellos momentos, mi mayor anhelo era someterme por completo a los mandatos de mi dueña. Qué gran placer sentirme vejado de aquel modo y verme indefenso ante sus caprichos.

- Bien. – concedió. – Va siendo hora de que demuestres tú valía. Espero que no me decepciones.

Y, diciendo esto, se recostó en el diván y se desprendió del tanga con un sensual y elegante movimiento mientras mantenía las piernas en alto. Su jugosa vulva quedó al descubierto despertando mis apetitos y disparando mi deseo, aún a sabiendas de que no me estaba permitido hacer nada. Después, mi Ama colocó su rasurado sexo frente a mi cara y dijo con aire de superioridad:

- Quiero que lo limpies con tú lengua hasta dejarlo reluciente. Si lo haces bien, dejaré que me proporciones un poco de placer.

Los pliegues de aquellos labios estaban empapados en fluido vaginal, lo cual constituía una prueba inequívoca del grado de excitación de mi señora y, sin demorarme un instante, comencé a lamer el delicioso néctar que emanaba de sus entrañas. Dejé que aquel sabor agreste me inundara mientras era animado con frases de estilo tan diferente como: <<Así, muy bien>> ó <<No te dejes nada, guerra>>. Me esmeré en cumplir aquel mandato al pie de la letra y, puedo asegurar, que no quedó ni una sola arruga, ni un solo recoveco, que no fuera inspeccionado por mi lengua con la máxima diligencia.

- Ahora, cómeme el clítoris, perro. – ordenó mi Ama cuando consideró finalizado su aseo íntimo. – Quiero correrme de forma espectacular. Así que, procura esmerarte.

Con los dedos de una mano separó los pliegues de su coño, mostrando con claridad el pequeño y sonrosado bulto sobre el cual debería centrarme. Humedecí a conciencia aquella zona con mi saliva antes de pasar a realizar el cunnilingus propiamente de dicho, mientras mi verga hacía lo imposible por mantenerse relajada.

- Buen comienzo. Sigue así. – expresó con agrado mí señora.

A continuación, empecé a pasar mi lengua sobre aquel brillante apéndice con un suave movimiento de abajo a arriba. Noté como aumentaba un poco de tamaño y fui incrementando la presión que ejercía sobre él con cada nueva pasada. En cuanto comenzó a palpitar, aceleré un poco el ritmo y los jugos de mi Ama volvieron a hacer acto de presencia entre débiles jadeos.

- Ahora quiero que me lo chupes un poco. ¡Vamos! – demandó visiblemente inquieta.

Cerré mis labios sobre aquella pequeña y temblorosa porción de su cuerpo y comencé a succionarla delicadamente, gozoso por haber sido premiado con la oportunidad de probar el dulce sabor de mí dueña. Mi lengua jugueteó con avidez moviéndose en todas direcciones, provocando que la respiración de mí señora se fuera entrecortando cada vez más. Su vientre se contraía esporádicamente y la expresión de su rostro se tornó distraída, distante, abandonada como estaba a su propio placer.

- Vuelve a..., pasarme la lengua. – dijo apenas con un hilo de voz..

Yo sabía que se encontraba muy próxima al momento del clímax. Así que, sin perder un segundo, volví a lamerla con gran empeño y rápidos movimientos que apenas constituían un roce. Fusta en mano, mi Ama fue marcando el ritmo que yo debía seguir a base de azotes en una de mis nalgas y, en un momento concreto, con un tono que se iba elevando con cada nueva palabra, me indicó:

- ¡Vamos! ¡Con más brío! ¡No pareees!

Mí lengua no daba más de sí. Traté de que, al menos, no perdiera la velocidad que ya había alcanzado, pero lo único que conseguí fue perderme. Mi Ama se revolvió incómoda en el diván y, tras unos momentos de indecisión, se levantó malhumorada tirando de mí correa sin miramientos.

- ¡Condenado inútil! – protestó furiosa. - ¡No sirves para nada!

Y, casi a rastras, me llevó hasta la jaula, donde me introdujo a empujones, dejándome allí encerrado.

- ¡Estúpido bastardo! ¡Has conseguido desconcentrarme! – añadió desde el exterior. – Pero, ya te ajustaré las cuentas. Ahora voy a concluir lo que tú no has querido terminar. ¡Presta atención, a ver si aprendes algo!

Tras haberme hecho objeto de tan enorme reprimenda, volvió a tumbarse en el diván y comenzó a masturbarse, esta vez sin mi ayuda. Yo me sentí profundamente dolido por haber recibido aquella crítica tan dura, pero lo

cierto era que mi excesivo ímpetu me había hecho perder una oportunidad de oro para ganarme el favor de mi Ama. Ahora, solo podía quedarme allí mirando sin intervenir. Ignorado, excluido, apartado de su lado por mi falta de empeño. De todos los martirios a los cuales me había sometido hasta el momento, aquel era el más difícil de soportar. No obstante, no me fue posible dedicar demasiado tiempo a ese tipo de pensamientos, ya que, hizo su aparición un nuevo problema que reclamó toda mi atención de forma inmediata.

El verme menospreciado de aquella manera había provocado que mi excitación, ya de por sí elevada, alcanzara cotas inimaginables y, al poco rato de permanecer allí encerrado, mi pene se empeñó en demostrarlo. El contemplar como mi Ama toqueteaba su sexo presa de su desenfreno, no ayudó a mejorar la situación. Sentí como las púas de aquel objeto que me aprisionaba se clavaban en mis carnes con una presión que iba en aumento a cada momento que pasaba. Por todos los medios traté de relajarme pero, por el contrario, lo único que conseguí fue que mis músculos anales comenzaran a contraerse con súbitos y sorprendentes espasmos. Debido a esta circunstancia, aquel objeto que mi señora me había insertado en el recto como símbolo de mi condicionamiento comenzó a escurrirse hacia el exterior y, aunque hice todo lo posible por retenerlo, en cuanto su parte más ancha estuvo fuera, se deslizó con rapidez hasta que cayó suavemente sobre mis tobillos. Ni cien cilindros colocados alrededor de mi polla hubieran conseguido el mismo efecto pues, al instante, aquel inminente intento de erección se esfumó sin más.

No sabía muy bien que hacer. Desde luego, no debía de interrumpir a mi Ama, sobre todo ahora que parecía haberle encontrado el punto a su personal disfrute, y menos teniendo en cuenta que me estaba totalmente prohibido hablar sin su consentimiento. Pero, por otro lado, tal vez se disgustaría cuando comprobase que había sido incapaz de permanecer tal y como ella me había dejado. Así que, intenté recoger aquel pequeño dildo para volver a introducirlo yo mismo y poder aparentar que no había pasado nada. Con los dedos traté de alcanzarlo y llegué a rozarlo en un par de ocasiones, pero me resultó imposible agarrarlo con firmeza. Al final, terminó cayéndose al suelo, alejándose definitivamente de mi

alcance. Ahora, solo podía esperar los acontecimientos y aguardar con serenidad la reacción de mi señora.

Entre tanto, mi Ama había continuado tocándose lascivamente hasta alcanzar un impresionante orgasmo, a juzgar por la violencia de sus estremecimientos y el volumen de sus gemidos. Permaneció un rato tumbada mientras se relajaba de tan sublime experiencia y disfrutaba de las sutiles ondas de placer que todavía recorrían su cuerpo. Para cuando, por fin, volvió a ser dueña de sí misma, se incorporó levemente y me lanzó una mirada llena de enojo.

- Me ha costado un huevo volver a centrarme, cabrón. – sentenció con enorme irritación. – Se acabaron las buenas maneras. Prepárate para recibir una lección que nunca olvidarás.

Se levantó y, con paso firme y decidido, se aproximó a la jaula y me sacó de ella con evidente arrojo. En cuanto me tuvo fuera, no tardó ni un segundo en percatarse de la presencia, en el suelo, del objeto que ella había dejado guardado en otro sitio.

- Pero... ¿¡qué significa esto!?! – interrogó mientras recogía el dildo con a mano.

- Mi señora. Yo... - traté de explicarme.

- ¡Silencio piojoso! – explotó encolerizada. – Ahora si que la has hecho buena. ¡De rodillas!

Obedecí sin rechistar y adopté la posición exigida con prontitud.

- Que tú cabeza toque el suelo. ¡Vamos! – añadió impaciente.

Así lo hice y, sin transición alguna, mi culo fue azotado sin piedad por aquella fusta que ya comenzaba a ser una vieja conocida. Cuando mi Ama se dio por saciada, colocó en mis tobillos unos arneses y fijó a ellos un listón de madera de, aproximadamente, medio metro; de tal modo que mis piernas quedaran separadas esa distancia y, a mí, me resultara imposible juntarlas. Seguidamente, cogió el extremo del cordel que mantenía aprisionados mis testículos y prendió de él una especie de goma elástica para, a continuación, pasarla por detrás del listón y atarla

firmemente a la cadena que unía las pinzas de mis pezones. Cuando todo el conjunto estuvo bien tenso, comprobó su eficacia dando un tirón a mi correa y obligándome a levantar la cabeza del suelo. Sentí como mis tetillas y mis huevos se estiraban al unísono, luchando las unas contra los otros aunque salieran perdiendo a la vez.

- Ya has visto lo que ocurrirá si intentas moverte. – expuso mí señora, no sin cierto deleite. – Así que procura estarte quieta.

Cogiendo un enorme dildo de forma cónica y apariencia cristalina, me lo puso ante la boca y me obligó a chuparlo mientras decía:

- Creo que, en el fondo, no ha sido culpa tuya el haber perdido a su hermano pequeño. El error fue mío, al pensar que sería suficiente para tú dilatado oquete de puta. Pero eso tiene fácil solución.

Se colocó detrás de mí y, suavemente pero con firmeza, fue horadando mi esfínter con aquel instrumento. Lo fue insertando sin pausas, como si quisiera dejar clara su determinación, mientras mi ano se iba expandiendo ante su empuje. Hubo un momento en que pensé que me iba a romper el culo y, sin recurrir a la palabra de seguridad, expresé mis temores ignorando mí voto de obediencia.

- Por favor, mi señora. – supliqué. – Sed clemente conmigo. Prometo mostrarme más aplicado a partir de ahora.

- Demasiado tarde. – sentenció mí Ama. – Debes aprender a afrontar las consecuencias de tus actos.

Y con un último y triunfal envite, me lo metió hasta el fondo dejando clara su autoridad. Una vez que hubo demostrado lo inútil que resultaba negarse a cumplir con sus deseos, comenzó a sodomizarme con aquel objeto.. Al principio lo hizo lentamente, mientras mi recto se fue adaptando pero, una vez que se hubo dilatado lo suficiente, inició un frenético mete y saca de intensidad creciente que me descubrió una amalgama de nuevas sensaciones. Estaba muy nervioso y excitado y, aquella situación, me descolocaba por completo. Mi polla comenzó a sublevarse de nuevo y, eran tantos los estímulos que estaba recibiendo mí

cuerpo que, no tuve forma de serenarme. Así que, por segunda vez, y en esta ocasión de un modo inconsciente, volví a olvidar la regla y dije:

- Más despacio, mi señora. Os lo ruego.

Ella respondió aumentando, aún más, el ritmo con que me enculaba y, solo cuando me vio a punto de rendirme, se detuvo de golpe dejando el dildo incrustado en mi interior.

- Veo que te gusta mucho darle a la lengua. – dijo con sorna mientras se colocaba de pie frente a mí. – Es una lástima que no la sepas utilizar para otros menesteres. Pero, tal vez yo pueda encontrarle una ocupación más acorde a su categoría.

Y, por enésima vez, abandonó mi campo visual para disponerme, sin duda, una nueva sorpresa. Le llevó su tiempo en esta ocasión y, debido a ello, comencé a notar una cierta angustia.. No sería para menos. Cuando regresó, se había colocado en la entrepierna un arnés de cuero con un enorme pollón de látex negro incorporado. Se trataba de una fiel reproducción del órgano sexual masculino con la forma del glande perfectamente definida y que contaba, incluso, con unas abultadas venas que surcaban sus laterales.

- Me parece que, en tú actual posición, le va a resultar un poco difícil a tu boca disfrutar del presente que le he preparado. – argumentó reflexionando en voz alta. – Deja que te ayude a ponerte más cómodo.

Y, cogiendo la correa que estaba unida a mi collar, tiró de mi cuello hacia atrás obligándome a permanecer semierguido. Mis pezones y testículos parecía que iban a salir disparados de un momento a otro y tuve que ahogar la aparición de un grito que, con toda seguridad, hubiera empeorado la situación. Mí señora, mientras tanto, permanecía muy ocupada asegurando mi correa en algún sitio a mis espaldas y, de ese modo, impedirme la posibilidad de reducir la tensión que provocaba aquella cruel ligadura que me había colocado.

- Mejor así, ¿verdad? – se burló con maléfica sonrisa. – Ahora solo tienes que abrir esa boca y degustar sin agobios el nuevo atributo de tú Ama.

Cogiendo con una mano aquel descomunal falo artificial, comenzó a golpear mi cara con él mientras me lo restregaba por los labios de vez en cuando.

- Qué, ¿no dices nada ahora? – inquirió henchida. - ¿A qué estás esperando? ¡Cómemela, vamos! No tenemos toda la noche.

Tuve que separar mis mandíbulas hasta casi desencajarlas para poder dar cabida entre mis dientes a tan abultado artefacto. Mi señora, con una mano agarrando su recién estrenado miembro y la otra sujetándome la cabeza, me lo introducía a empujones hasta dejarlo, prácticamente, alojado en la garganta. Envistió mis mejillas desde el interior provocando que mis mofletes se abultaran hacia fuera, víctimas de tan desmesurada opresión. Comencé a segregar saliva de forma desproporcionada y pude notar como me arrollaba por la barbilla formando hilos que colgaban antes de caer al suelo. Para cuando ya llevaba un buen rato realizando aquella felación, mi Ama me introdujo su protésico pene hasta tocarme la campanilla y, taponando mí nariz con sus dedos durante un corto instante (pero que a mí me pareció eterno), me privó del ansiado aire que necesitaba para respirar. En el momento en que comencé a sentir arcadas, lo extrajo produciendo un sonido similar al de una botella al descorcharse. Mis babas impregnaban por completo la superficie de aquel juguete sexual mientras mi señora lo miraba con agrado.

- Creo que tú boca no es lo suficientemente profunda para mi gusto. – dijo con tono perverso. – Tendré que buscar otro agujero que sea más hondo. Y, en esta ocasión, no habrá necesidad de lubricarlo ya que, por una vez, has hecho un buen trabajo.

- No, mi señora. Por favor. – protesté conoedor de sus intenciones. – Es demasiado grande. ¡Me desgarrareis!

- ¡Cállate, zorra! No hay nada demasiado grande para tú culo y yo me encargaré de demostrártelo. Pero antes, habrá que hacer algo para corregir esa manía tuya de hablar sin mi permiso.

Soltó la correa del collar y mi cuerpo cayó pesadamente hacia delante, proporcionando un gran alivio a mis estiradas partes. Apenas había

comenzado a reponerme cuando mi Ama me colocó un bocado entre los dientes y lo sujetó a mi cabeza mediante el ceñido correaje que tenía adosado.

- Ahora no podrás hacer uso de la palabra de seguridad. – comentó de pasada. – Pero, si realmente eres incapaz de soportarlo, solo tienes que extender los meñiques para confirmar la pésima opinión que tengo sobre ti.

Se puso detrás de mí y, cogiendo el dildo que me había dejado de recuerdo, profanó un poco más con él mi orificio trasero antes de retirarlo definitivamente. Después, cogió unas largas riendas de cuero negro y las ajustó al bocado por medio de unos enganches.

- Bien. – dijo cuando dio por concluidos los preparativos. – Supongo que, en alguna ocasión, habrás poseído el culo de una chica como si fueras un perro salido. Ahora, voy hacerte descubrir qué es lo que se siente.

Tiró de las riendas hacia atrás y, colocándose a horcajadas, me penetró con dureza hundiendo aquel miembro artificial en mis entrañas.

- Vamos, semental. Veamos como cabalgas.

Tras decir esto, comenzó a sodomizarme con inusitada fuerza mientras mi cuerpo se balanceaba adelante y atrás. Noté como mi recto se iba dilatando con cada nueva inserción y, lo que en un principio pareció que iba a ser un insostenible suplicio, se fue transformando en una sensación de lo más placentera en cuanto los músculos de mi esfínter cedieron al fin. Mis pezones se estiraban y mis huevos se hinchaban, estaba siendo humillado, sometido, violado y... me gustaba.

Mi Ama me folló a conciencia y, en un momento dado, tuve... ¿cómo llamarlo?, ¿una experiencia próxima al orgasmo tal vez? Como fuera, olas de placer inundaron todo mi ser y, al contrario del gozo que se siente al eyacular, aquella sensación fue más sutil, indefinida pero, a la vez, más duradera. Fue aquel el momento en que mi voluntad se vio quebrada al fin y, sin importarme lo más mínimo mis ligaduras, fui yo el que comenzó a balancearse rítmicamente para acompañar los movimientos de mi señora. Ella se dio cuenta y me encluyó entonces con más dulzura mientras retiraba

las esposas y soltaba el elástico que tensaba mis testículos. Apoyé mis manos en el suelo y la dejé hacer, ofreciéndole mí culo con total sumisión. Ella era MI AMA. Finalmente lo había comprendido.

Tras desacoplarnos, me quitó el bocado y colocó de nuevo aquel cipote frente a mi boca. No tuvo que decirme nada esta vez. Sin demora alguna, comencé a chuparlo con denuedo mientras observaba la mirada triunfal de mi señora. Puso su mano bajo mi barbilla y me indicó que me levantara con un delicado gesto para, a continuación, retirar todas las prendas y artilugios que me había colocado, a excepción del collar.

- ¿Ves qué sencillas pueden resultar las cosas cuando pones un poco de tú parte? – dijo mientras acariciaba mi piel.

- Sí, mi señora. –respondí convencido.

- Comprobémoslo. – propuso mientras señalaba el suelo con el dedo.

Me puse de rodillas y, a continuación, ella adelantó una de sus botas. Yo me incliné y empecé a lamerla recorriendo toda su superficie con mi lengua, suela incluida. Repetimos la operación con la otra hasta que mi señora se sintió conforme y se alejó de mí en dirección al diván. Se sentó en él y, mientras separaba las piernas, me lanzó una significativa mirada. A cuatro patas me aproximé a ella hasta que mi cara quedó enfrentada a su sexo. No osé ni rozarla hasta que, mirándome a los ojos, dio su beneplácito asintiendo con la cabeza. Solo entonces comencé a lamerla. Estaba dispuesto a no volver a cometer los mismos errores que antes, así que, sustituí el furor por la paciencia y la intensidad por la perseverancia.. Me tomé mi tiempo y mi dedicación se vio recompensada cuando mi Ama hundió mi cabeza en su entrepierna mientras me acariciaba el pelo con suavidad.

Aquel fue un instante mágico, donde me fue revelado un nuevo significado de la palabra sumisión. Ser capaz de proporcionar a mi dueña aquella satisfacción, ser yo el motivo de su placer y su deleite, me hizo sentirme orgulloso. Tal vez, con el tiempo, llegara a convertirme en algo indispensable para ella, si ponía el empeño necesario. Tal vez, incluso, llegara a amarme como yo sentía que la amaba en aquel preciso

momento. ¿Quién sabe? Una nueva senda se había abierto delante de mí aquella noche y apenas había empezado a recorrer el camino.

Tan distraído estaba inmerso en mis pensamientos que, cuando me quise dar cuenta, mi señora se estaba corriendo ante mí entre ahogados jadeos y leves convulsiones.

- No pares todavía. – dijo reteniéndome con sus manos. – sigue un poco más. Así. Asííí...

Alcanzó el éxtasis por segunda vez y, en esta ocasión, había sido solo gracias a mí.

Se recostó en el diván y yo me quedé observándola allí tumbada sin moverme. Mi señora, mi dueña, mi diosa. ¡Qué hermosa visión ofrecía!

Después de haber descansado un poco, giró su cabeza hacia mí y, mientras pasaba el dorso de su mano por mis mejillas, me dijo con los ojos aún vidriosos por el esfuerzo:

- Tú adiestramiento me ha dejado agotada. Pero aún hay una última cosa que debes hacer para demostrarme tú total sumisión. ¿Estás dispuesto para afrontar tú última prueba?

- Sí, mi señora.- contesté sin dudar.

Se levantó y me hizo una seña con el dedo para que la siguiera. Atravesó la habitación hasta colocarse al lado del cepo y, tras levantar la parte superior, me indicó que me pusiera de pie y colocara mi cuello y muñecas en los entalles que había realizados a tal efecto. Después, lo cerró sobre mí y lo aseguró con un candado para evitarme posibles tentaciones y, tras dejarme inmovilizado, se alejó un momento y regresó con un bote de vaselina. Lo destapó y, tomando una generosa porción de su interior, comenzó a untarme el culo con ella. Me hizo separar un poco las piernas para que la zona fuera más accesible y, sin que ninguno de los dos pronunciáramos una sola palabra, empezó a introducirme los dedos con gran habilidad. Fue moviéndolos, girándolos, insertándolos de diversas formas, buscando el ángulo más apropiado mientras iba aumentando su número. Dos, tres, cuatro, cinco, aquella cavidad ya había sido muy

trabajada durante la noche y eso se notaba. Así que, cuando la palma de su mano se dispuso a pasar, solo hubo de vencer una leve resistencia. Mi oquete se cerró en torno a su muñeca y, entre tanto, a mí me seguía pareciendo imposible que su mano pudiera estar en mí interior.

- Muy bien. – dijo mi Ama complacida. – Este es el modo en que quiero que te comportes. Con docilidad. Y, para que veas que merece la pena mostrarse ante mí de ese modo, voy a ofrecerte una pequeña recompensa.

Con la mano que le quedaba libre agarró mi polla, que sorprendentemente había aprendido a permanecer flácida, y comenzó a meneármela con suavidad.

- Vamos. Haz que se empine. Quiero ordeñarte como a una vaquita.

No hizo falta que me lo repitiera, mi verga se puso tiesa en apenas unos segundos mientras su mano me la agitaba arriba y abajo. Una especie de corriente eléctrica recorrió mi espina dorsal cuando, la combinación de estímulos que mi señora me estaba aplicando, se fue entremezclando hasta constituir una única y sublime sensación. Mi corazón latía desbocado, abrumado como estaba por tantas emociones, y de mi boca empezaron a escaparse unos discretos jadeos, a pesar de permanecer con los labios bien apretados.

- No lo reprimas. – autorizó mi dueña.- Quiero oírte gemir como la putilla que eres.

Mis gritos de placer fueron inundando la estancia mientras mi Ama aumentaba el ritmo de ambas manos, llevándome al límite del estremecimiento. Estaba al borde de un enfermizo estado de frenesí, a punto de explotar, incapaz de soportar por más tiempo tanto goce cuando, de forma súbita y abundante, eyaculé embargado por un placer indescriptible.

- Umm, sí. Eso es. – le oí decir a mi señora como si estuviera a kilómetros de distancia. – Muy bien. Derrámala toda. Así.

Me extrajo la mano del culo y me estuvo masajeando los huevos y mi palpitante miembro durante un ratito, mientras mis piernas temblaban sumidas en una repentina debilidad. Como remate final, se puso en cuclillas detrás de mí, colocó mi polla ligeramente inclinada hacia atrás y me la chupo con deleite. No mucho tiempo, apenas unos segundos, pero fue suficiente para hacerme vibrar de pies a cabeza.

- No te acostumbres. – dijo mientras volvía a ponerse de pie y retiraba el candado del cepo.- Esta última caricia no es normal que la otorgue y, si me he decidido a concedértela esta noche ha sido, solo, como una especie de gesto de bienvenida.

Levantó el cierre que me mantenía preso y, con un suave cachete en la nalga, me indicó que me irguiera.

- ¿No habrás pensado dejar en el suelo esa porquería, verdad? – cuestionó señalando el charco de semen que se extendía ante mí.

Me arrodillé para limpiarlo y, con mi lengua, recogí hasta la última gota, borrando así cualquier prueba que pudieran dejar mis infames fluidos. Entre tanto, mi propietaria volvió a colocarme la correa y, cuando lo estimó oportuno, me hizo levantarme.

- Tú Ama necesita descansar. Me has dejado agotada a causa de tú inicial rebeldía. – dijo aparentando desinterés. – Pero, como al final te has portado bien y esta es tú primera noche como esclavo, no voy a ser demasiado dura contigo y dejaré que duermas a mi lado.

Me sujetó por la correa y la seguí dócilmente por la habitación mientras ella iba apagando, una a una, las velas que habían dado luz a mi iniciación. Después, bajé tras ella las escaleras y, una vez en el dormitorio, aguardé sus instrucciones. Señaló una alfombra que había al lado de la cama y, con resuelta prontitud, me tumbé sobre ella. Cuando estuve en el suelo, ató mi correa a una de las patas del cabecero y, a continuación, entró en el baño dejando la puerta abierta. Pude ver como se desnudaba y se metía en la ducha, consciente de que esa era su intención. Oí correr el agua y sentí celos de aquel líquido que ahora acariciaba su cuerpo recorriendo su

suave piel en toda su extensión. Se me hizo insoportable el tiempo que permaneció alejada de mí.

Cuando, ya fresca y aseada, volvió a salir, llevaba puesto un sensual y elegante camión de seda negra. Abrió la cama y se sentó en ella colocando sus pies frente a mis labios. Se los besé con dulzura y ella pasó su mano por mi espalda como si fuera un mastín.

- Buenas noches, esclavo. – dijo mientras se arropaba. – Procura descansar.

Apagó la luz y oí como se movía, buscando la postura que le resultara más cómoda.

Allí a oscuras, a los pies de mí Ama, pasé el resto de la noche sin ser capaz de pegar ojo. Estaba terriblemente cansado y dolorido, pero la ansiedad y la excitación que me dominaban hicieron imposible que conciliara el sueño. ¿Quién me iba a decir, cuando estaba aún en mi casa preparándome para mí cita, que aquella velada terminaría de aquel modo? ¿Quién hubiera sido capaz de aventurar que iba a toparme de bruces con aquel hallazgo inesperado? <<Ten cuidado con lo que deseas...>>, dicen algunos, y que razón tienen. De todas maneras, mis expectativas se habían visto superadas en todos los sentidos, incluso transgredidas en algunos aspectos, pero me alegraba de que así hubiera sido. Estuve pensando en ello toda la madrugada y el alba me sorprendió anunciando su llegada por entre los resquicios de las persianas. No me importaba, no tenía ningún compromiso para aquel nuevo día. Ninguno, salvo complacer y servir a mi dueña, pues estaba decidido a ponerme a su servicio si ella me lo permitía. Aceptaría de buen grado todas sus órdenes y me sometería por completo a su voluntad. Ella me había demostrado que sabría ser magnánima cuando yo lo mereciera. Así que, no tuve que pensármelo dos veces a la hora de contestar con un diligente <<Sí, mi señora>> cuando mi Ama se despertó y me dijo:

- ¡De rodillas, perro! Fin...?